

DOS CUENTOS INEDITOS

VIRGILIO DIAZ GRULLON

Nota:

La revista *Ciencia y Sociedad* se honra publicando en este número dos cuentos inéditos del Dr. Virgilio Díaz Grullón, ilustre literato dominicano ganador del Premio Nacional de Novela "Manuel de Jesús Galván" de 1977 y miembro de la Junta de Regentes del INTEC.

"EL SEDICIOSO"

Lo trajeron engrillado y con escolta reforzada a la hora en que el capitán Núñez solía descabezar su sueñito cotidiano en el patio de la fortaleza, a la sombra de los muros que se levantaban a ambos lados del enorme portón que daba acceso al recinto.

El ruido de las pisadas sobre el empedrado y el sonido de las palabras que comenzaban a pronunciarse en el puesto de guardia despabilaron al capitán poniéndolo tenso sobre la silla de guano que había recostado momentos antes de la pared, porque aquel día sus sentidos estaban más alerta que lo acostumbrado.

Y con razón: la noche anterior había escuchado ciertos rumores que lo mantenían intranquilo. Se hablaba de problemas que estaban creando algunos grupos en el Cibao y hasta en la misma capital. Aunque el capitán Núñez no conocía los pormenores, sabía que se trataba de maniobras de políticos que pretendían desconocer la autoridad del gobierno.

El capitán Núñez, formado desde muy joven en la disciplina militar y proveniente de una familia campesina honrada y respetuosa de la ley, sentía revolverse el estómago frente a cualquier actitud que atentara contra el orden establecido. Sin ser una persona irascible ni de malos instintos, no podía evitar que le saliera de muy adentro una rabia sorda contra los malagradecidos que intentaban poner en entredicho el mando del General.

Y era que el General no había ido a buscar ese mando. Lo tenía simplemente porque le correspondía por derecho propio. Porque había nacido para ser jefe. Nadie podía discutirle esa condición que se imponía a todos con su sola presencia. Si no hubiese sido por él, ¿cómo andaría el país?, se preguntaba a menudo el capitán Núñez. Pero esa pregunta era retórica porque para él estaba claro cuál sería la suerte de la República si no contara con la figura providencial del Jefe, que estaba sacrificando los mejores años de su vida en beneficio de sus conciudadanos: “Estaría echa una mierda, con los políticos jalando cada uno por su lado y el pueblo hundiéndose en la miseria”, se respondía.

Por otro lado, razonaba el capitán, “¿quiénes eran los enemigos del Jefe? Los ambiciosos de siempre”, se contestaba. “Los que, sin ningún mérito, querían el poder para usarlo en su propio beneficio”, agregaba. “Una cáfila de sediciosos y de frustrados carcomidos por la envidia”. Y, entre todos ellos, el Capitán Núñez tenía bien identificados a los que consideraba los peores: los blanquitos, hijos de papá, que jugaban a ser políticos hablando fino y usando palabras raras con las que engañaban a la gente que no sabía de letras y se dejaba sugerir con frases bonitas.

Y ahora uno de éstos estaba siendo entregado como prisionero en la casa de guardia porque las palabras que escuchaba el capitán Núñez, sin ver a los que las proferían, eran las siguientes:

“Reciba este preso, teniente, y hágase responsable de su custodia... Y mucho cuidado que es peligroso”, decía una voz.

“Lo conozco bien”, alardeaba la otra voz. “Nunca se me podrán olvidar esos cabellos rubios y esos ojos azules. Es un sedicioso, con un largo historial de acciones subversivas. Me alegro de que por fin el gobierno se haya decidido a quitarlo del medio”.

“Y creo que para siempre”, confiaba la primera voz. “Estamos esperando el orden de fusilamiento de un momento a otro”.

“¡Buenas noticias!”, se alegraba la segunda voz. “Y pierda cuidado que no vamos a quitarle los ojos de encima a ese bandido”. Y añadía, endurecida: “Tránquenlo en la última solitaria de la Torre y no le quiten los grillos”.

El capitán Núñez no dispuso de mucho tiempo para observar al prisionero, pero los sesenta segundos escasos que transcurrieron mientras el grupo atravesaba el patio rumbo a la puerta de entrada de la Torre le bastaron para comprobar que no se había equivocado en su primera apreciación y que el detenido era un ejemplar típico de la casta que más despreciaba.

La sangre comenzó a correr más velozmente en sus venas y la ira le torció la boca mientras observaba la actitud insolente del sedicioso, que ignoraba a sus custodios caminando dos pasos delante de la escolta —como si fuese él quien la comandara— y tenía una forma de mantener la frente levantada y la mirada en alto que denunciaba su orgullo de ser quien era y de estar en las condiciones en que se encontraba. Para colmo, llevaba el pelo largo, detestable costumbre de muchos jóvenes de la época que enfurecía al capitán.

Indignado, se levantó de la silla y caminó hasta el puesto de guardia donde el teniente Gómez, pluma en mano e inclinado frente a la tosca mesa de madera que le servía de escritorio, completaba trabajosamente la ficha del prisionero. “¿Vió lo que nos trajeron?”, preguntó éste interrumpiendo su labor y levantando la cabeza tan pronto su superior traspuso la puerta. “Nos sacamos el gordo de la lotería”.

El capitán Núñez no podía confesar ignorancia frente a su subordinado sobre la identidad del prisionero, así que evadió una respuesta directa, pero se las ingenió para continuar el diálogo como medio de obtener mayor información.

“Creía que ese hombre había sido expulsado del país”, aventuró.

“Y lo fue” corroboró el teniente, “pero volvió clandestinamente hace unos días”.

“Es lo que yo digo”, se enojó el otro, ya más seguro de sí, “¿para qué carajo los expulsan si, total, vuelven cuando les da la gana?”.

“Así es, capitán”, aceptó obsecuente el teniente. “No se puede contar con los gobiernos de otros países para mantener a raya a esos sediciosos...”

El capitán no estaba sacando gran cosa en limpio, de modo que perdió interés en continuar la conversación y dejó que ésta se extinguiera permitiendo que el teniente reanudara su trabajo con la ficha. Caminó entonces hasta la ventana abierta de la habitación y observó distraído los ejercicios militares que realizaban torpemente unos reclutas en el fondo del patio mientras se imaginaba a sí mismo comandando el pelotón de fusilamiento del sedicioso, oyó su propia voz ordenando el fuego, escuchó la descarga que atronaba el aire y contempló al prisionero con la rubia melena ensangrentada desplomarse atravesado por las balas.

Satisfecho del cumplimiento de su deber, regresó a la realidad con el pecho inflado de fervor nacionalista y sintió entonces renacer la curiosidad que le había asaltado antes por saber quién era el prisionero que acababa de ajusticiar en su arrebatado patriótico. Se acercó con disimulo a la espalda del teniente Gómez y, sin que éste lo notara, observó sobre su hombro los datos ya completos de la ficha y leyó: fecha de entrada: 3 de septiembre de 1844, nacionalidad: dominicana, edad: 31 años, apellidos: Duarte Diez, nombres: Juan Pablo, delito: traición a la patria.

“CATATONICO”

Encogió los hombros y las piernas apretando los codos contra los costados y cerró los puños adoptando la postura que aprendiera cuando niño de Paulino Uzcudún sintiéndose ahora invulnerable a cualquier ataque viniera de donde viniera ya de un puño disparado ya de una bota agresiva o de las melifluas frases proferidas por esa boca que se abría y cerraba y se movía lateralmente y de abajo hacia arriba frente a él dejando escapar las palabras como insectos asustados a través de la abertura que enmarcaban los labios temblones y que volaban en línea recta hacia el muro impenetrable que había construido con sus brazos y muslos petrificados protegiéndole el pecho y el estómago y las mejillas y sobre todo las orejas donde zumbaban las palabras antes de chocar contra su frente y caer desarticuladas en sílabas quebrándose después en letras menudas al encuentro con el duro suelo del hospital permaneciendo amontonadas unas sobre otras como muertas mariposas nocturnas vencidas por el día y que disimuladamente él fue empujando con el pie bajo la silla desde donde observaba impertérrito el sordo empeño del hombre de la bata blanca de acribillarlas con su espesa andanada de palabras que cada vez fueron saliendo de su boca con mayor rapidez hasta superar su capacidad de ocultarlas por lo que el montón fue creciendo en el piso forzándolo a abandonar el intento de esconderlo bajo la silla y resignándolo a ob-

servar indiferente como se elevaba sobre el suelo la pila de palabras desmembradas que fue inexorablemente alcanzando la altura del hombre de la bata blanca trepando primero minuciosamente por sus piernas ocupando después las caderas y el pecho y luego invadiendo tenazmente el contorno de la cabeza hasta cubrir todo el cuerpo arrojándolo por completo y sumergiendo y ahogando bajo una hirviente masa negruzca la voz meliflua cuyo sonido fue sobrepasado entonces por el apagado y múltiple murmullo satisfecho del enjambre de diminutos signos alfabéticos degustando bocado a bocado el pellejo y los músculos y huesos y cartílagos en un feroz ataque antropofágico que él observó inmerso en su neutralidad impávida hasta que del hombre sólo quedó la arrugada bata blanca sobre el suelo como una humillada bandera en derrota mientras se producía la desbandada total de las letras que fueron encontrando una a una las grietas escondidas del piso y las paredes y desapareciendo por ellas con apresurada impaciencia de hormigas atolondradas dejando sólo en la habitación al vencedor que estiró las piernas arqueando el torso y alzó las manos entrelazadas por encima de la cabeza porque este round lo había ganado él y podía ahora bajar la guardia hasta el momento en que una nueva cometida de palabras entrometidas despertara otra vez la compulsiva necesidad de proteger a toda costa su intimidad amenazada obligándolo a remedar de nuevo la defensa de Uzcudún y repetir su victoria y entonces volver a esperar con la misma vigilancia pasiva pero alerta cualquier otro intento de conturbar la infinita paz que había conquistado a través de tantos sacrificios y a la que jamás renunciará no importa qué.